Diario de la emergencia

"la obra terminada es, en nuestro tiempo y en este clima de angustia, una mentira"

-George Steiner

"todo lo que se hace con amor, perdura"

-Duitama Césare

23 de marzo

Leónidas Ricote

Salir a la ciudad. Eso, desde aquí, tan lejos, parece un sinsentido de no ser estrictamente necesario hacerlo. De todos modos, acudí con gusto (y con bastante planificación) a la invitación que me hizo Leónidas Ricote, mi entrañable amigo de la preparatoria, cuyas redituables actividades no transcribo porque he llegado a la conclusión de que nos las comprendo. Por lo que platicamos por teléfono, por el tono de su voz, creo que la invitación surgió de una debacle en su ánimo, un largo y profundo valle en su acostumbrada exaltación.

Al llegar a la cita, sobre las bonitas calles de esa alta zona de la urbe, tan distintas a las que acostumbro a andar (y de las que surgió también mi amigo) no dejé de admirarme por los carros y aparadores brillantes, por todo el resplandor que se ofrecía al caminante y cuyo fulgor podía iluminar los pensamientos de sus afortunados habitantes. Estaba en esas consideraciones cuando Leónidas se encontró conmigo.

Tras las breves salutaciones y disculpas por la breve demora, reconocí a mi amigo no tanto por su aspecto exterior, ahora algo transformado con una espesa barba y un peinado muy elaborado, sino por el sonido de sus palabras que me pareció un remanso de familiaridad entre tantas cosas desconocidas y extraordinarias. Reconocí pues esa forma de hablar sin tropiezos ni digresiones innecesarias que me había sorprendido en los años de escuela, cuando Ricote tenía que decir algo que le parecía importante, exponía con mucha delicadeza y exactitud un bosque de silogismos del que era preciso retener su imagen general y reparar en las palabras para no perderse, aunque siempre, casi imperceptiblemente, terminaba por convencer a sus oyentes de las cosas que a primera vista parecían absurdas.

Entramos al enorme restaurante que antes me había parecido decididamente infranqueable y amenazador. Quizá me había parecido así por tener un aspecto general oscuro. Al centro había una larga escalinata, desde la cual resaltaban las

blancas camisas de los meseros moviéndose de un lado al otro como asteroides de trayectorias imprevisible. Uno de ellos nos condujo a una larga mesa que consideré las más interesantes del lugar pues detrás, en un ventanal muy limpio, se encontraba una vista de la ciudad donde resaltaban los edificios más altos con enceguecedores reflejos, los flashes de la cristalería como faros que daban orientación a los navegantes de una laguna intrincada y peligrosa. La orientación poniente del gran ventanal, le dije a Ricote, estaba muy pensada pues desde esa dirección no podía verse las pequeñitas y grises casas que se agolpaban a los márgenes como queriendo ser bendecidas con la luz que se expandía solo para los edificios. Eran las murallas invisibles de las dos ciudades en pugna y a él, atravesarlas y ser admitido en la ciudad nueva, me dijo seriamente, le había costado no poco esfuerzo y mucha suerte.

Durante la comida que no me pareció extraordinaria, hablamos de Bella Donatta, de esa larga relación de Leónidas que se extendía hasta la prehistoria de nuestros años escolares, discutimos algo sobre su mirada que se anticipaba a todo, sobre sus pocas palabras que siempre parecían oraculares, sobre su rápida transformación que nos dejaría asombrados. Algo más tarde, casi al final de la comida, especulamos sobre la imposibilidad de una felicidad duradera que ni el reconocimiento, los platos con porciones agigantadas, o las sonrisas serviles y frugales, eso dijo Leónidas, habían podido garantizarle.

Al salir del restaurante, lejos de su calor y alegrías prestadas fuimos arrojados a la noche, y en la noche, esa primera noche de calles vacías, estaba poblada de preguntas que difícilmente tenían respuesta. Sabíamos que algo grande e imposible se acercaba, pero no sabíamos cómo llegaría, cómo el mundo se clausuraría dejando toda afirmación como tenues fantasmas. La deriva, esto es la deriva, dijo Leónidas, y es la impotencia, le respondí. ¿Cómo se nos había escabullido la ciudad y su ruido? ¿donde se había escondido la vida? como no tuvimos respuestas nos despedimos silenciosamente.

31 de marzo

Leonarda

He vuelto a casa, al sur de la ciudad. Ahora estoy plenamente entregado a este suspenso inesperado. El día se hace largo como en los días de infancia, las tardes parecen tan generosas y un momento propicio para hablar con Leonarda, mi compañera con la que había cruzado información sin llegar a ningún punto concluyente. La llamada comenzó con los saludos habituales, pero no somos muy hábiles con esos protocolos, nuestras conversaciones tienen en mal hábito de trastabillar, aunque por fortuna siempre hay alguna palabra, una idea, que ayuda a Leonarda a rescatar el diálogo. Y es que el verdadero fruto de la conversación del día surgió cuando me estaba despidiendo, resignándome a una conversación protocolaria y estéril. Cuando le dije "ojalá podamos volver a la normalidad muy pronto", ella me censuró diciendo algo que recuerdo comenzaba de este modo:

"¿La normalidad? pero ¿qué es es eso? ¿qué es eso que llamas con tanta soltura "normalidad"? creo que no deberías usar tan irresponsablemente las palabras, cometer esas imprecisiones conceptuales y, digamos, éticas, Pastito. Sucede que creo que esta emergencia resulta conveniente para algunos pues durante estos días ya nadie habla de otras cosas importantes y verdaderamente cotidianas como la violencia, las guerras, o las migraciones y sin culpa ignoran las condiciones fundamentales de nuestro tiempo: la desigualdad estadística y su cara en la miseria y el sufrimiento de millones de seres. Todos ha dado lugar a la propagación del miedo. A nadie le importa lo fundamental y no podrán convencerme que sea de otro modo, dudo mucho de ese repentino sentimiento humanista, pues esa "normalidad", la suya, parece ser un estado ideal trastocado. Esa normalidad no me parece tal, no es ni un estado de paz, igualdad, estabilidad, ni es deseable ni entrañable. Tampoco me resignaré al miedo y a la mera nostalgia de ese mundo que, en realidad, es muy anormal, si somos justos con el lenguaje.

Creo que Leonarda tiene facilidad para proponer ideas que deben ser consideradas. Evidentemente, no agregué nada digno de registro tras su exposición y solo me queda meditarlo, como lo hago al transcribir estas líneas que son sus palabras exactas.

15 de abril

Ruidos

Desde la casa escucho gritos de niños, ladridos, risas. No sé quienes sean, nunca los he visto. Pienso que quizá son sonidos extintos de otros niños y de juegos que ignoro o quizá sean el eco de nosotros niños o prefiguraciones de otros ruidos (los mismos) de otros niños por venir. Escucho gallos anacrónicos que quieren advertirnos, exaltados, sobre las sombras que nosotros confundimos con el día. Hay ladridos. Tampoco sé de dónde provienen, no sé si hablan los perros entre ellos y se comuniquen cosas serias y ocultas para aquellos que se creen sus dueños, esos (tan antiguos) que humillan a los videntes lanzándoles padecería de comida, incapaces de comprender las inflexiones, los ligeros cambios de tono, las minucias de su lenguaje, aquellos que serían capaces de envenenar y crucificar a los videntes.

22 de abril

Pasto

No quise terminar la semana sin ensayar algunas líneas que buscan expresar la nueva mirada, la sensibilidad intensificada de estar en casa. Sobre mi experiencia creo que pudo señalar que en verdad esto es la vida; algo pequeño y vulnerable, los días sin glorias excesivas e inhumanas, todo ahora es más claramente microscópico. La vida la veo como una burbuja que se hace con pequeños esbozos sucesivos, como garabatos inconsistentes sobre hojas transparentes. El mundo se volvió algo como un viento cálido y hogareño que nos abraza y protege todos los días. Resulta que algo invisible descorrió los velos, las escamas de nuestros ojos, nos desencadenó del espectáculo de sombras, de la “vanidad de vanidades” como decía un tío y volvimos a nacer y en nuestro propio renacimiento nos encontramos frente a nuestra brevísima pero hermosa parcela de mundo.

Si algo he aprendido estos días es que las paredes de mi casa se hicieron más reales y ahora puedo ver tonalidades y texturas que crea un rayo de luz vespertino, en las decenas de imágenes posibles de una pared antes ignorada, las cosas también renacieron. El verdadero espectáculo del día fue una oruga escalando la hierba áspera y, por fin, tuve tiempo para contemplar la hazaña completa. En otro sitio una avispa me sorprendió con su capacidad para hacerse un refugio con escombros. Otro día el cielo llamó a la lluvia y parecía que podíamos quedarnos a contar las gotas una

a una. Al día siguiente, comprobé que las plantas y los árboles habían agradecido ese regalo gratuito. Entre las piedras, me encontré con una hilera de hormigas que, imperturbables, continuaron su camino en un silencio monumental, un silencio que prescinde de reflectores. La vida entonces pareció sencilla y grácil, apenas necesitaría muy poco para sobrellevarla y aprovecharla. En esta visión repentina supe que solo necesitaría una mañana y un rostro a mi lado para afrontar la tormenta y que si se desplomaban las certezas, en su derrumbamiento nos quedaría una lección muy pequeña pero inconmovible: estar a lado de la vida, estar a lado de su embellecimiento.